

PLUMA Y LAPIZ



1945

JAmat.
903.

Número 142

La bohemia sin sol ó el sol de la bohemia

VI

Como amante y como padre

ME refiero ¿á quién me he de referir? á un ser extranatural, á Pelayo del Castillo, que constituye mi eterna obsesión, pero me interrumpo porque me parece que el lector me interrumpe también diciéndome: «aun suponiendo que sea verdad cuanto usted nos cuenta ¿á qué gastar tiempo y papel en ocuparse de un loco rematado?» No, amigo lector, el gran bohemio no era loco, porque ningún demente, ni aun en sus intervalos lúcidos, puede hacer los fáciles y correctos versos con que dialogaba Pelayo del Castillo, ni concebió los planes de astucia y maldad que él fraguaba, porque ningún alienado deja de sentir la sensación corporal; por lo cual se ha dicho que *el loco por la pena es cuerdo*. Me ocupó de Pelayo... por que fué un hombre excepcional en la humanidad, sin ninguna de las fibras del hombre, y poseído de una pasión que pocos ó ninguno han sentido en exceso tan álgido.

La existencia de Pelayo se resumía en estas tres aspiraciones: trabajar como un negro en lo que él sabía hacer para tener dinero, ó procurárselo sin reparar en los medios, con el solo y único fin de embriagarse, embriagarse, y dormir la embriaguez con la insensibilidad de los seres más inferiores. Pelayo giraba en este estrecho círculo con la tenacidad de esos insectos medio moscas medios peces que circulan incesantemente en la superficie de las aguas estancadas. Sentía intensamente las emociones de la vanidad, de la soberbia y, sobre todo, de la mala intención, pero todas las supeditaba á su pasión insaciable por la bebida, en la que no ha tenido semejante. Parecía que desafiaba á la naturaleza saliéndose continuamente de sus leyes. Además poseía el don de la fascinación, y un sino de *yettatore* que influía en todo cuanto se relacionaba con él.

Voy á ocuparme de una de las víctimas de este sino.

Solo en Madrid por ausencia de su familia, y cuando aún sentía algo las necesidades anexas á la humanidad, se hospedó en una casa de huéspedes (única que tuvo), y que se deshizo por causa suya. En ella habitaba una familia gallega compuesta de madre y tres hijas. La menor se enamoró de Pelayo con una pasión, que hace verosímiles las de todas las amantes verdaderas ó imaginativas famosas en los anales del mundo. Anita, así se llamaba, era un alma exquisita y tierna, y desde el primer momento, fué, no la amante si no la esclava del bohemio; la suerte tiene estas asechanzas: fué como una sensitiva enamorada de un pedrusco.

A consecuencia de la miseria, toda aquella familia murió en el hospital, sólo Anita,

que también estuvo en él, sobrevivió. Estaba embarazada de Pelayo y cuando éste lo supo, y pudo verla ya convaleciente, solo se le ocurrió decir: «¡que fea estás con ese tripón!» Salió aquella del hospital, y se colocó en clase de criada en la casa de una paisana suya, que había sido amiga de su difunta hermana mayor. Pelayo la veía para explotarla, hacía que le diese dinero de su salario y de sus sisas. Ella vivía en la calle de León, esquina de la plaza de Antón Martín, y todas las noches á altas horas, hacía bajar una cesta pendiente de una cuerda, desde el piso segundo, en la que Pelayo encontraba algo de comer, y, sobre todo, un frasco de vino, y alguna vez de aguardiente, que era lo más importante para él.

Una noche, según costumbre, fué el bohemio á recoger el pisolabis diario, y ¡cuál no sería su sorpresa al encontrar á Anita parada en la esquina de la plaza.

—¿Pues cómo, qué haces ahí?—le preguntó.

—¡Ah, Pelayo, estamos perdidos! Anoche me sorprendió el amo, cuando hacía subir la cesta. Me han despedido. Me dijeron que esta noche podía dormir en la casa, pero yo he preferido verte y enterarte de lo sucedido.

—¡Eres una torpel! — exclamó Pelayo, furiosamente contrariado; mas luego, su bárbaro egoísmo, le hizo encontrar una especie de compensación á aquella contrariedad, por el siguiente motivo.

Desde quince ó veinte días antes, don Ramón María Narváez Campos Porcel y Mateo, primer duque



de Valencia, era presidente del Consejo de ministros; y según su sistema, se propuso morigerar las costumbres públicas, especialmente en Madrid, como si esto fuera tan fácil como hinchar un perro. Una nube negra se cernió sobre el mundo de la golfería, de la bohemia y del trasnocheo. Las tabernas se cerraban á las once de la noche, y á las doce los cafés. Las buñolerías y demás establecimientos, no podían abrirse hasta media hora después de amanecer; con el propósito de que *los nocturnos* se acostumbrasen á vivir de día, no perdiendo éste á consecuencia de haber perdido la noche: propósito laudable sin duda alguna, pero tan inútil como si un ornizólogo intentara que los buhos y los murciélagos viesan la luz del sol.

Los bohemios, especialmente los curdones, estaban desesperados. Tenían un límite para beber y reunirse en establecimientos públicos, las noches les parecían interminables. Nuestros conocidos Marquina, Escamilla, Guyón, Alaminos y López *el sucio*, sufrían doble contrariedad. Ellos, que no veían nunca al sol del día, estaban también privados del grande astro nocturno, del fascinador Pelayo del Castillo. Pero en fin, ellos, como hombres que eran y sujetos á las necesidades humanas, se refugiaban en sus respectivos cuchitriles, porque todos le tenían.

Pero... ¿y Pelayo?

*
*
*

¡Oh! Pelayo no tenía hogar, cierto es que para él el día y la noche

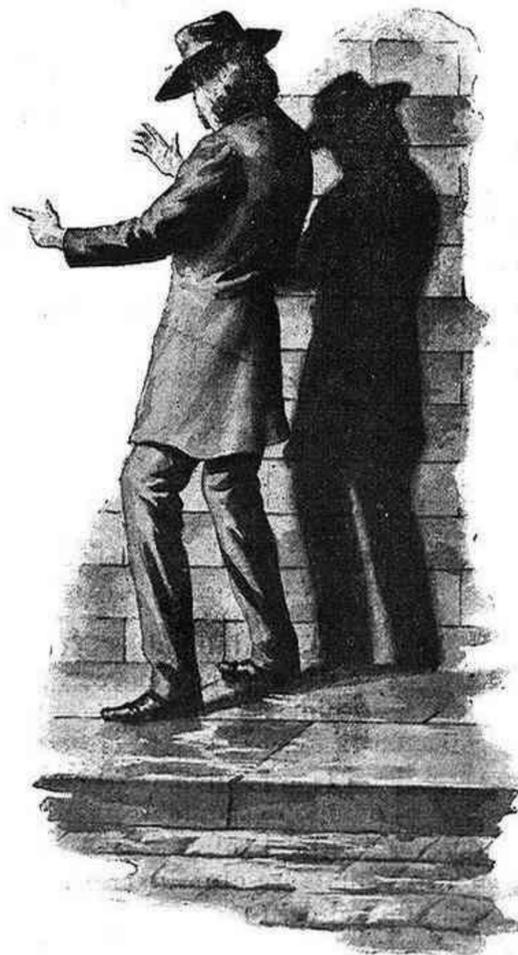


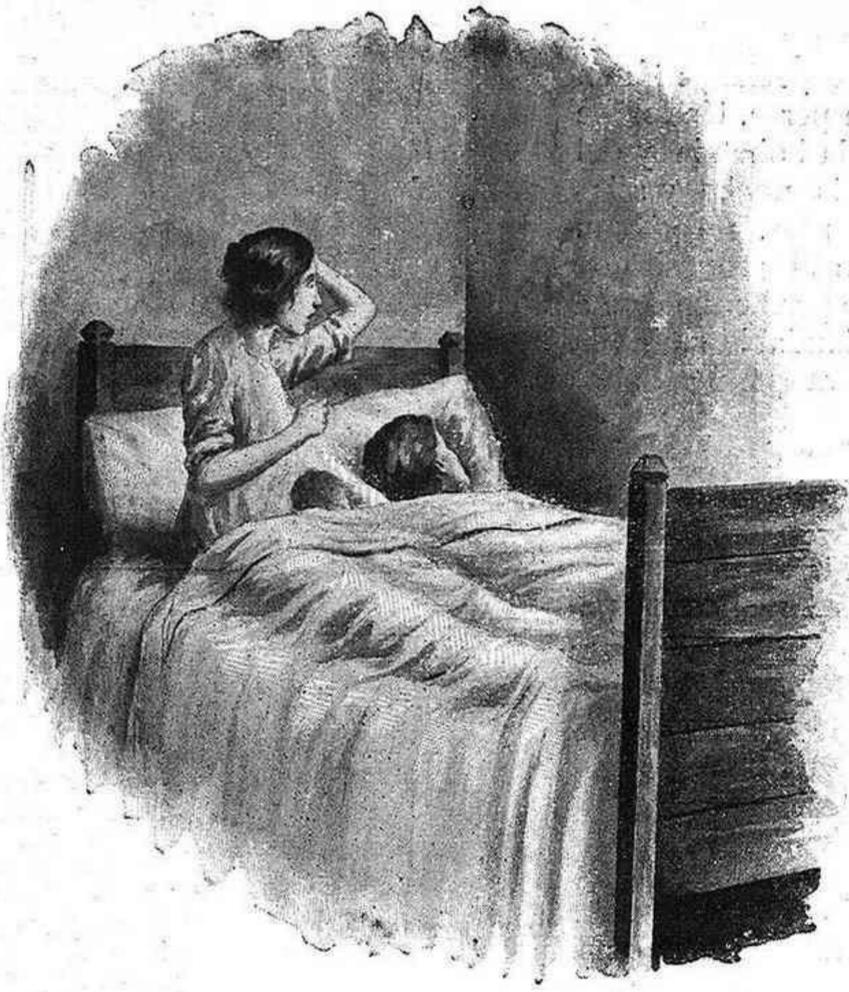
eran iguales, pero antes entretenía las largas horas nocturnas en tabernas y chiscos, hablando, dejándose admirar de sus compañeros y bebiendo cuando tenía qué; pero las flamantes órdenes de la policía eran causa de que aquel beduino de la civilización, sin tienda, se quedará aislado, y lo que era peor sin tener medio ni esperanza de satisfacer su pasión alcohólica. Así, pues, cuando encontró á Anita, en vez de la cesta de provisiones que esperaba, pasado el primer movimiento de contrariedad, tal vez pensó: «de mal en menos, tendré compañía y almohada». Consecuente con su feroz egoísmo no consintió que aquella hiciera gestiones para encontrar otra casa donde servir, cosa además difícil por el *estado interesante* en que se hallaba, y la desastrada pareja comenzó una odisea de peregrinaciones nocturnas.

En efecto, Anita sirvió de almohada á Pelayo; en las altas horas de la madrugada buscaban algún sitio recóndito, y él se tendía apoyando la cabeza en el regazo de ella. ¡Pobre mujer, no ha habido ejemplo de abnegación semejante! El bohemio la abandonaba de día y en las primeras horas de la noche, hasta que cuerdo ó borracho, según hubieran caído las pesas, volvía á buscarla.

Una noche, no muy tarde, en que por casualidad estaban juntos, Anita sintió los dolores del parto, y en un portal sin portería, de la calle de Santa Isabel, dió á luz un niño. Reunióse gente, y una señora dependiente de la casa del duque de Fernán Núñez, que por allí pasaba; compadecida de aquel suceso extremo y raro, trajo una envoltura para el recién nacido, y dió dos duros á la madre para que se albergara. Cuando Pelayo vió al niño, solo se le ocurrió decir «¡qué negro es!» porque el brutal bohemio ignoraba que los recién nacidos salen al mundo muy *oscuros*. Una mujer del pueblo hizo de comadrona y llevó á aquellos *venturosos* padres á una casa de dormir de la calle del Salitre. Pero Pelayo no se acostó ¿cómo acostarse teniendo dinero para beber? Dejó á Anita en la cama, y salió en busca de algún establecimiento de bebidas antes de que se cerrasen.

Suprimo detalles; el lector podrá figurárselos. Ignoro si el heredero del gran bohemio fué bautizado; lo que si sé es que la Ero de aquel desastrado Leandro, salió á la calle dos días después llevando su crío





en brazos. Anita, casi sin comer y sin dormir, y amamantando á su hijo, íbase trasformando en espectro y el niño vivía de milagro. Cuando se supo el acontecimiento, á Guyón se le ocurrió el siguiente trozo de romance, parodia de uno morisco:

«Herederó de Pelayo
¡qué gran porvenir te aguarda
La noche que tu naciste
tu padre se emborrachaba!
Tu madre va trasformándose
en escuerzo sin enaguas,
tu padre te presintió
en una comedia magna;
el que nace para ochavo
nunca puede ser de plata.»

* * *

Continuó la odisea nocturna de aquella *no sacra familia*, raras noches dormían bajo techado; pues el poco dinero que Pelayo se procuraba lo necesitaba para beber. Ocurriósele á Anita implorar la caridad de la buena señora dependiente de Fernán Núñez, y ésta un día, socorrióla con tres duros para que se procurara un albergue. El bohemio aquella noche llevó á su consorte de miseria á la Posada de Zaragoza, situada entonces en la calle de Sevilla,

y según costumbre dejola instalada en la cama, para volar hacia el mundo de la jamera. Pelayo tenía horror á la cama y para dormir necesitaba que los gases del alcohol le invadiesen el cerebro. Se fué á un chiscón apartado porque no quería encontrarse con sus amigos y satélites. Cuando él pagaba gustábale la chispa solitaria, pues así la prolongaba más. En el chiscón comió lo menos que pudo y bebió hasta oír la frase ¡que se va á cerrar! tan molesta á los beatos y á los curdas. Salió á la calle. La noche estaba muy fría, y llovía como cuando ahorcaron á Caparrotá. Todo estaba cerrado excepto algunos cafés. Pelayo que había pagado con anticipación la posada se dirigió á ella, y el mozo le abrió la puerta del cuarto, con precaución para no despertar á Anita. Entró el bohemio en el estado de sonambulismo que produce la jamera, y á la luz de un farol que había en el pasillo, que penetraba por la puerta entreabierta, se desnudó de sus harapos, ó tirándolos en el suelo, según costumbre, las pocas veces que se desnudaba.

Anita, que tenía al lado á su hijo, dormía al parecer. Pelayo se metió en la cama, y según otra bárbara costumbre suya, acercó sus pies helados entre las piernas de aquélla para calentárselos. Como acontece á todos los grandes curdones, apenas tenía conciencia de sus actos; así fue que se acostó de través, y uno de sus pies húmedos fué á posarse en la carita del niño. Despertóse éste y rompió á llorar, Anita, despierta también ratificó la postura del bohemio, dió el pecho al niño y consiguió sosegarle.

Pelayo no se dió cuenta de nada.

Cuando la luz del día penetraba ya por un ventanuco que había junto al techo, Anita se incorporó sobresaltada, en la cama, é intentó despertar á su compañero, consiguiéndolo á medias.

—¡Pelayo, Pelayo!

—¿Qué?

—¡Nuestro niño está frío... está tieso... no respira... Dios mío, si está muerto!—

Pelayo ni abrió los ojos, y solo dijo con la lengua estropajosa de los bebedores de alcohol: «Pues si está muerto, llévatele, porque pronto olerá mal» y dando una vuelta en la cama se puso de espaldas á Anita.

Este hecho no necesita comentarios: tal fué Pelayo como amante y como padre.

F. MORENO GODINO

(Ilustraciones de Pujol Hermann.)

Cervantes

¡Y era manco!...

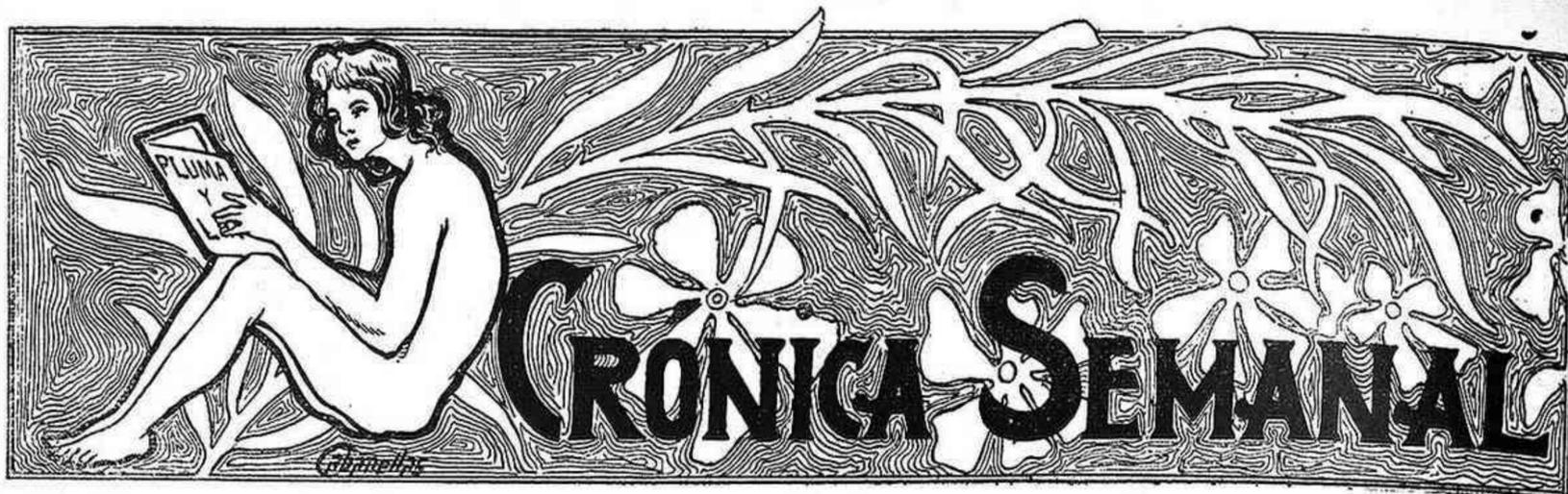
CON extraña habilidad un soldado, poco á poco, queriendo pintar un loco retrató á la humanidad. Como dijo la verdad dejó al mundo descontento, y mendigando el sustento, murió de hambre el pobrecito acusado del delito... de tener mucho talento.

En obra tan singular que rival no ha de tener, España aprende á leer, el mundo aprende á pensar. De aquel tesoro sin par Cervantes, con rica vena, puso tanto en cada escena, en una página sola, que (aun siendo la obra española) España la encuentra buena.

Hoy dice el mundo (y se engaña)
—¡Pues no era manco el autor!
mas quien hizo tal primor
salió manco de campaña.
Si por la gloria de España
que en el *Quijote* se encierra
Europa nos arma guerra,
decid con desdén profundo:
—El mejor libro del mundo
lo escribió un manco en mi tierra.—



FANTASÍAS POPULARES: LA DAMA
BLANCA. — POR SIERRA DE LUNA



Voy á hablar someramente respecto á lo más saliente que la prensa ha publicado desde el sábado pasado hasta el sábado presente.

Las notas de sensación son las que llegan de Roma, pero, en mi humilde opinión, eso no encaja en sección de pasatiempo y de broma.

Han dicho del Vaticano que va á morir León trece. Fué un talento soberano al que lo mismo enaltece el ateo que el cristiano.

Yo así, de veras, lo creo, tanto más cuanto que veo que le ensalzan por igual hoy un periódico neo y ayer otro liberal.

¿Quién del gran hombre dijera cualquier frase á la ligera? La broma sería agravio. El ignorante debiera siempre respetar al sabio.

* *

¡Quiál Pero, no somos así.

Quiero decir: ignorantes sí que lo somos, muchos, y yo el primero y en seguida algún ex ministro de Instrucción pública reformador; pero respetuosos con los hombres verdaderamente sabios y que han alcanzado altas jerarquías... ¡eso nunca!

¡Las noticias y comentarios y hasta chistes que hemos ofrecido al respetable público estos días acerca del nuevo Papa!

Primero el cardenal Rampolla; luego el cardenal Oreglia...

Usted pensaría con razón, que era prematuro todo eso. Y diría: Bueno; ¡papa!

* *

Pero; hablemos del tiempo ¡Qué calor! Es preciso tomar baños. Aconsejan los médicos ahora los *baños de placer* y los *templados*; los unos para aseo únicamente, los otros por remedio en muchos casos. Mientras nosotros vamos á la playa, Toca está trabajando para ver si consigue que atraviesen el *piélago* sus barcos. Y Raimundo Fernández Villaverde se ahogó á la vez que algunos conjurados. ¡El baño de placer, de agua de rosas, es el que el señor Maura se está dando!

* *

Ea, ya volvemos á hablar del famoso bandido Mamed Casanova.

Le han trasladado á la cárcel de Santoña.

El director de Penales ha dado explicaciones del cómo y por qué de todo ello...

De la última hecatombe ferroviaria nadie se acuerda ya; ya no interesa. ¿Trasladan á Mamed? ¡Córcholis! Esa sí que es una noticia extraordinaria!

* *

El hombre mas alto del mundo—nos cuentan—está en Berlín.

Es un hombre de una estatura colosal, ante el cual el grande Aguilera resulta un enano.

Dicen que sus botas cubrirían hasta la rodilla á una persona de regular estatura.

Y añaden: «Por la sortija que lleva puede pasar...»

¿Quién? ¿El *Bomba grande*?

«...puede pasar una moneda de medio duro.»

¿Usted á broma lo toma?
Pues lo acabo de copiar.
Y, en fin, también esa broma
si es broma puede pasar...

* *

Siguen las huelgas en Barcelona y en otros puntos. Donde se ha resuelto la huelga de obreros ha sido en Muchamiel.

¿Muchamiel?—dirá usted—¿Y dónde está eso?

Tampoco yo lo sabía, pero lo dice un periódico: está en Alicante.

Aunque viendo el nombre aquel
creo que debiera estar
mejor en el Colmenar,
Muchamiel.

* *

Desde París envían,
como informes muy ciertos,
que en la frontera húngara
el ejército servio
se sublevó gritando:
¡Muere Pedro primero!

¡Canastos, ya tan pronto
le piden el pellejo?
Está visto, señores,
que los más altos puestos
resultan muy bonitos,
pero... ¡se ponen feos!

* *

M. Loubet ha regresado á París. Los corresponsales nos han dado cuenta de su viaje á Londres.

¡Cuántos detalles preciosos!

Llegó á la City y en seguida pasó por Pall-Mall, Regent-Street, Picadilly, Circus, Oxford, Tottenthan, Rourt-Road...

Quedamos enterados—decía un lector ingénuo.

Y añadía:

Es como si á Loubet yo le dijera:
—Vengo de visitar Palautordera,
Palafrugell, Papiol,
Llinás, Castelltersol,
Sampedor, San Cugat, Matadepera...
Tanto sabe Loubet en donde están
¡como yo el Picadilly y Tottenthan!

JULIO MARTÍNEZ LECHA

Los restos de Verdaguer

EL gran poeta que inmortalizó su nombre con *L'Atlántida*, *Canigó*, *Idilis*, y tantos poemas como son honra y gloria de las letras catalanas, descansa definitivamente en su sarcófago de piedra, á donde, días pasados fué trasladado desde el nicho provisional que ocupaba en el Cementerio del sudoeste.

El nuevo sepulcro del ilustre vate, es, como puede verse por la fotografía adjunta, un gran peñasco, en toda su rudeza y encantos naturales, no tan grandes como el talento del hombre que encierra, ni tan sencillo como éste lo fué en vida.

El acto de trasladar los restos mortales de Mosén Jacinto Verdaguer á su lecho de piedra, resultó, si bien no tan imponente como había derecho á esperar de la veneración que á su memoria profesa el pueblo barcelonés, fué bastante lucido al menos.

Ante numerosas comisiones con carácter oficial, las nutridas masas del *Orfeó Catalá* y un buen contingente de los que fueron amigos ó admiradores del poeta, se verificó el traslado, y en aquel instante

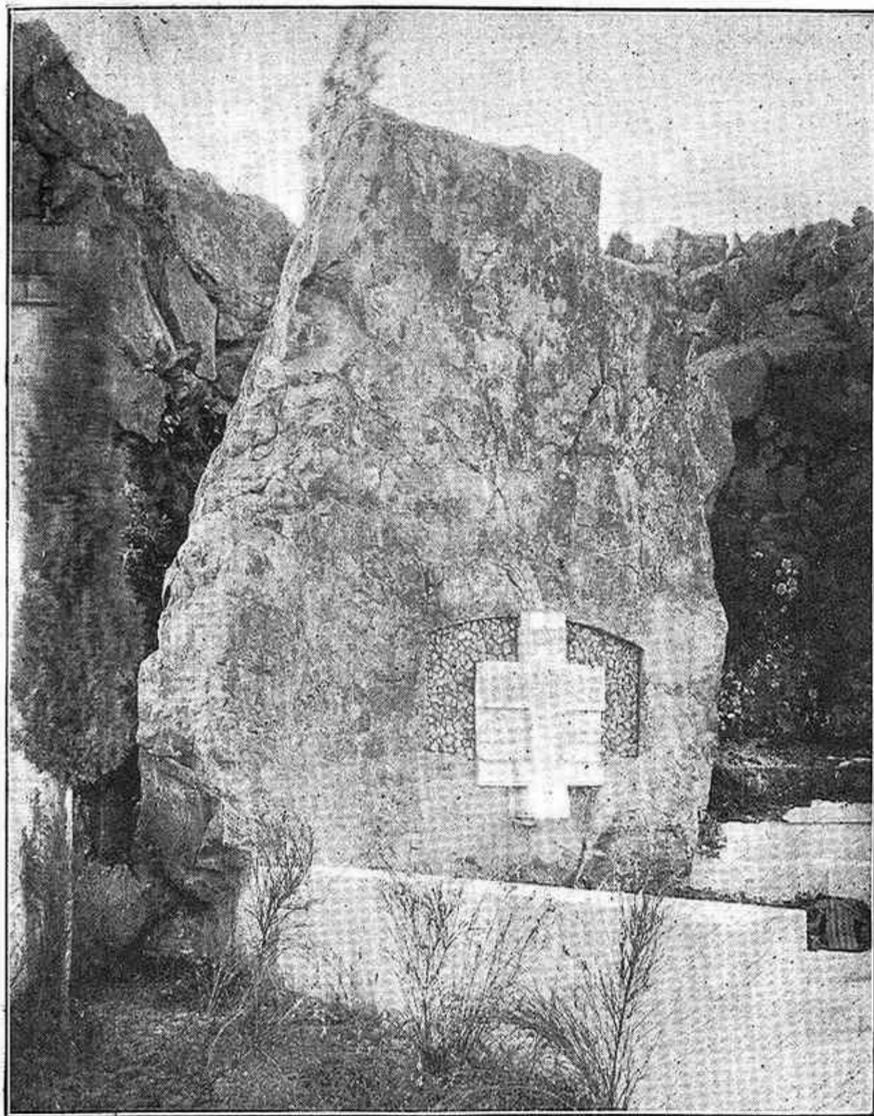
solemne cruzaron por nuestra mente todos los interesantes detalles, tanto de carácter íntimo como relacionados con la vida literaria del inolvidable muerto y una lágrima surcó silenciosa nuestra mejilla. ¡Cuántos cambios en tan corto tiempo!

El alcalde pronunció una sentida plática; el *Orfeó* lanzó á los espacios una canción religiosa; las gentes comentaron brevemente la significación del poeta y del hombre, y al anochecer de aquel día espléndido y caluroso, el cementerio volvía á quedar sumido en su misterioso silencio y... no se ha vuelto á hablar más del asunto.

¡Qué pequeñas son las grandezas humanas!

El espíritu de los pueblos se demuestra en la manera de honrar á los que con su nombre, su fama ó su gloria les anal-

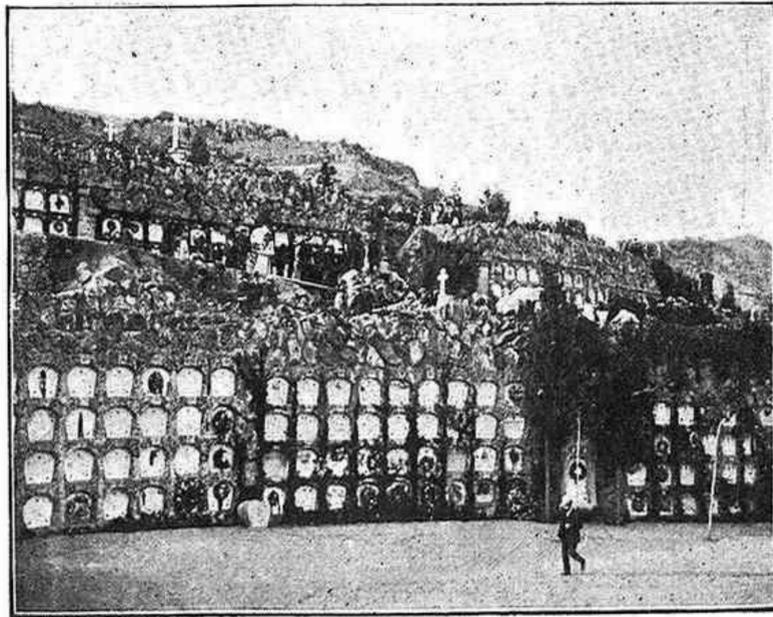
tecieron y el barcelonés, tributando á los restos de Mosén Cinto los póstumos honores de que nos ocupamos, ha venido á solventar una deuda de honor que desde hace mucho tiempo tenía contraída con una de las figuras literarias más grandes de España.



LA TUMBA DE VERDAGUER.—(Fot. de Ramos y Cobos.)



LA COMITIVA OFICIAL



ESPERANDO EL TRASLADO.—(Fots. de Labielle.)



La cigarra

A mi ilustre amigo don Miguel Moya

EN los campos andaluces
que embelesaron mi infancia,
me enseñó desde pequeño
á cantar una cigarra.
Abierta al sol y á los ruidos
como una esponja mi alma,
bebió por sus libres poros
cuanto en la tierra se guarda.
Sentí músico mi oído,
gustó el color mi mirada,
y en las líneas de las rocas
adiviné las estatuas.
Mi espíritu confundido
con mares, cielos y plantas,
llegué á dudar si yo fuera
trozo de cuanto miraba.
Pájaro en medio del viento,
burbuja en medio del agua,
molécula en dura piedra,

botón abierto en la rama,
era mi ser todo á un tiempo,
y de un racimo colgada,
una cigarra ardorosa
me decía: «¡canta, canta!»

¿Cantar? ¿cómo? ¿con qué cuerdas?
Entre las trémulas cañas,
del viento gárrulo oyendo
las melodiosas palabras,
y viendo rodar del río
el tropel de ondas perladas,
preguntaba tembloroso:
¡cantar! ¿y cómo se canta?
Donde quiera, en torno mío,
bella canción preludiaban,
desde la tromba en el roble
hasta el insecto en la mata.

Ópera para mí solo
era la tierra acordada,
y yo estaba en la gran fiesta
sin voz, sin nota y sin arpa.
Y entre el sonoro concierto,
desde el verdor de una parra,
la cigarra abrasadora
me decía: «¡canta, canta!»

Desde entonces me alecciono
de mi maestra en las aulas,
y acudo en las rojas siestas
á oír su bella palabra.
Los dáctilos de Virgilio
con voz ardiente declama,
y sudan de las estrofas
miel y resinas preciadas.
A Anacrëonte interpreta
y recita sus estancias,
que llevan el sol heleno
y zumo de verdes pánpanas.
Tiene la sabia doctora
en una cepa su cátedra,
en una cepa de Chipre
en andaluza injertada.
Y desde el claro racimo,
siempre redobla mis ansias
con sus ardientes canciones
diciéndome: «¡canta, canta!»

Versada en letras latinas,
las griegas entiende y habla,
y en la gran Naturaleza
tiene su templo y su ara.
Yo la sigo en la vendimia
tras de las cestas colmadas,
que en los paseros se tienden,
donde el calor las abrasa.
Yo sorprendo lo que dice
á los nidos en las ramas,
á la hormiga en su granero
y á la abeja entre las matas.
Cuando á la tierra descende
el sol en olas de llamas,
«¡fermentad!» á las bodegas
dice con voz abrasada.
Los sarmientos se retuercen
al ronco son de su arpa,
y yo entretanto la escucho
que me dice: «¡canta, canta!»

Con ella canto, y entiendo
el ritmo de su pentágrama;
ella es la encendida musa
que baña en sol mis estancias.
Artista que el arte adora,
por la belleza se afana,
y las cuerdas de su lira
á ningún interés ata.
El gran crisol donde hierven
vidas de seres y plantas,
Naturaleza creadora,
es el portento á quien ama.
El fuego engendró su cuerpo
en una espiga dorada,
y por lo ardiente parece
sol que en estío se cuaja.
Nunca rompan tus élitros,
artista sublime y sabia,
y al son del arpa que toco
¡canta tu música, canta!

SALVADOR RUEDA



ROSA MÍSTICA



JUDAS Garduña distinguió siempre por su maldad. Cuando vió la luz dejó de verla su madre, quizá por no querer presenciar lo que Judas haría más adelante. Nutriéronle tres amas con su jugo lácteo y las estropeó los pezones, por cuanto dedicóse á criarle una apreciable cabra cienenta. Al cumplir el niño seis años rompió un cuerno á quien había sido su mamá y se la comió cocida, acompañado de otros. En la escuela aprendió prodigiosas travesuras. En el Instituto tuvo el honor de ser suspendido cuantas veces sufrió examen. ¿Qué más diremos? Hasta hizo versos.

A los veinte años, el mozo, que, no obstante no haber estudiado nada á conciencia, por falta de aptitudes, era despejado, logró saber muy á fondo algo que saben poquísimos: que no sabía nada de nada.

—¿A qué cursar—razonaba—asignaturas? Todas, en germen, son mentira. Porque, vamos á ver, por partes:

La Geografía, por ejemplo, variará, porque los acontecimientos están transtornando la faz del mundo. La Filosofía es un mito; enloquece á quienes la estudian, cuando ya lo están quienes la explican. El *yo* y el *no yo*... Venga el *noyó*; ¡rico licor! ¡Leyes! Imperando el flamenquismo contentémonos con las de Toro. ¡Matemáticas! Quédese para labradores la extracción de raíces. También la Astronomía es ciencia variable. Antes el Paraíso estaba sobre los astros; hoy, ¡oh Paraíso! estás en Zazara. Inútiles son las lenguas; el lenguaje universal es el de los golpes; con ellos se hacen entender las naciones fuertes. ¿Saber manejar las armas? Si existe algo que pone de punta el cabello á los bravos... el cosmético.

Con tales ligerísimas nociones y con el trato cultivado de multitud de personas pertenecientes á diversas clases sociales, creyóse Judas tan eminente cual quien más supiera. Las gentes serían sus libros de estudio. ¡Qué variadísimos volúmenes! Examinóse á sí propio, otorgóse nota sobresaliente y al llegar á su mayoría de edad, huérfano también de padre, decidióse á ejercer la carrera de hombre de mundo, carrera que siguen tantos otros.

Un hombre desahogado, práctico en la vida, acreditase con tanta mayor

razón cuanto más descrédito alcance. Regla de proporción es ésta sobradamente conocida. Sus informalidades cimentan su fama; criticábase primeramente, toléranse después, y, por último, hasta los perjudicados habitúanse benignamente á ellas, encontrándolas ingeniosas y denominándolas *cosas de Fulano*.

Acudió á una gran ciudad, avistándose con el director de una revista musical, solicitando plaza en el periódico. Preguntáronle:

—¿Comprenderá usted á Wagner?

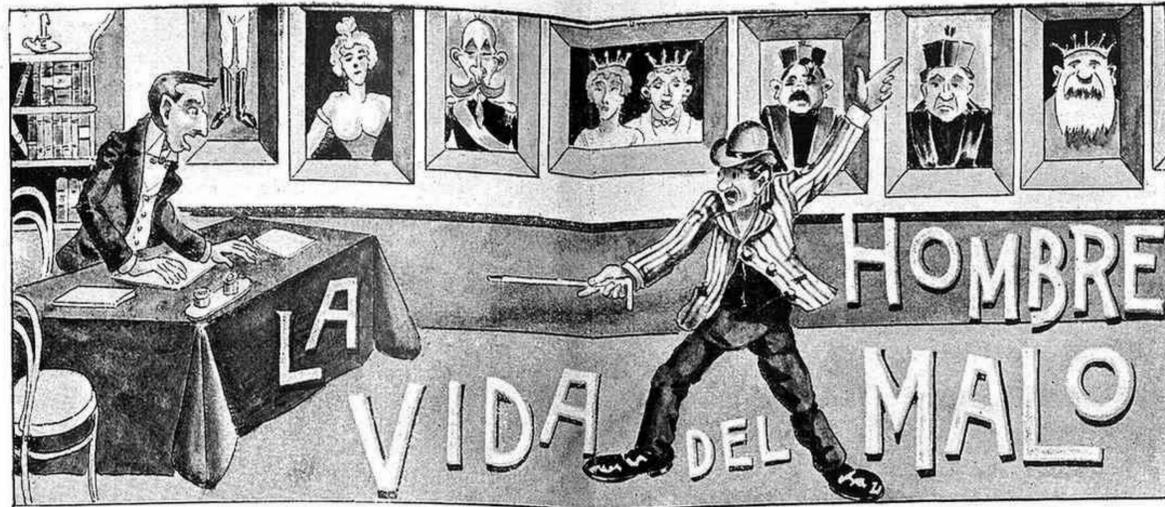
—No, señor.

—Es extraño... ¿Conocerá á Bizet?

—Todavía no conozco aquí á nadie. Ya iré conociendo. He llegado hace poco.

—Entonces vuelva cuando tenga algún conocimiento.—

A los treinta años decidió casarse. No juzgando el amor parte inte-



grante de la vida solicitó mujer que tuviese dinero y compareció ante un capitalista que tenía dos hijas casaderas, aun cuando ni de vista conocía á ninguno de los tres. Aquél le interrogó:

—¿Pretende usted la rubia ó la morena?

—No lo sé. ¿Tienen igual renta las dos?

—Idéntica. Pero, dígame; ¿le urge mucho tomar estado?

—Bastante, créame usted.

—Entonces igual le será una mujer que otra, ¿verdad?

—Exactamente lo mismo.

—Pues le casaremos á usted con una doméstica negra; ha envejecido y ya no nos sirve. ¡Pobrecilla! Lo agradecerá tanto.

—¿Qué bienes serán los suyos?

—Los que usted aporte. Lo que es del marido es de la mujer. ¡Pues no faltaba más!

No accedió Judas. Al capitalista cayóle en gracia aquel sujeto y le hizo matrimoniar con la hija de una viuda políglota á quien su esposo, que fué dentista, legó un magnífico instrumental de su profesión. La madre daba lecciones de cinco idiomas, insultaba á

Judas en cinco lenguas y no le permitía mover la suya. La hija, Aurelia, que era extremadamente nerviosa, aunque honradísima, guiñaba los ojos de manera asaz provocativa, al parecer, pero sin malicia.

De este defecto supo aprovecharse Judas. Obligado por la profesora, extraía muelas y raigones fatalísimamente.

Aurelia salía de paseo haciendo guiños. Seguía siempre algún atrevido; subía de ella en pos; franqueábasele la entrada; pasábasele á un salón; presentábasele Garduña arrebujaado en amplia bata; examinábase la boca y arrancábase un hueso de ella, cualquiera, al azar.

Un año después lucían mellas todos los hombres audaces de aquella capital.

Mas harta la suegra de tal farsa, un día puso verde á Judas con una zapatilla azul, demandando y obteniendo su divorcio, con lo que el hombre de mundo, desamparado, ideó establecer un gabinete de consulta para asuntos mundológicos.

En un portal leyó: «Se alquilan varios pisos».

Vió al casero, persona de excelente olfato, quien, frunciendo el entrecejo, murmuró:



—Nada de eso. Háse cumplido el Evangelio. «Viste la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el tuyo».—

Aparece una comadre.

—Pus *misté* que mi hombre estaba chispo. Conque un *méndigo desarropao* va y le quita la chaqueta y se la pone él. ¿Qué hacer, señor Iscariote?

—Judas, buena mujer.

—Bueno, es igual. *Tóo* es cosa *é* judíos.

—Nada; su marido ejecutó una meritoria obra de caridad, vistiendo al desnudo.

—Bien está. ¿No pagaré mi preguntita, eh?

—¡Quiá! Pagará usted mi respuesta.—

Comparece un matón, y encarándose ante un cuadro:

—Ese se viene conmigo, *pa* que *usté* lo sepa. ¡Olé porque sí! ¿A que no sabe *usté* quién es ese?

—¡Caramba! Así, tan de repente...

—¡Ay qué gracia! No lo sabe... Pues ese es el juez que á mí me condenó, ¿estamos? Conque como yo he sabido más que *usté*, cobro, y me lo llevo.

—Es que...

—¡Silencio!... (Toma el cuadro y varias monedas y retírase, murmurando amenazadoramente):

—*Nos* vamos. ¡Chitón!...

Todo cae en desuso. La clientela de Judas pasóse á una sonámbula.

Hízose galán cómico: lloró el público. Representó dramas; rió el auditorio. Por convidar á almorzar á un amigo, en un terrado, lleváronle preso. Cuando el camarero fué á cobrar, rogóle Judas que le sostuviera, mientras bajaba á buscar dinero, el hilo de una cometa, y no volvió á verle hasta que le sorprendió en una trapería, vendiendo los platos que el almuerzo contuvieron.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

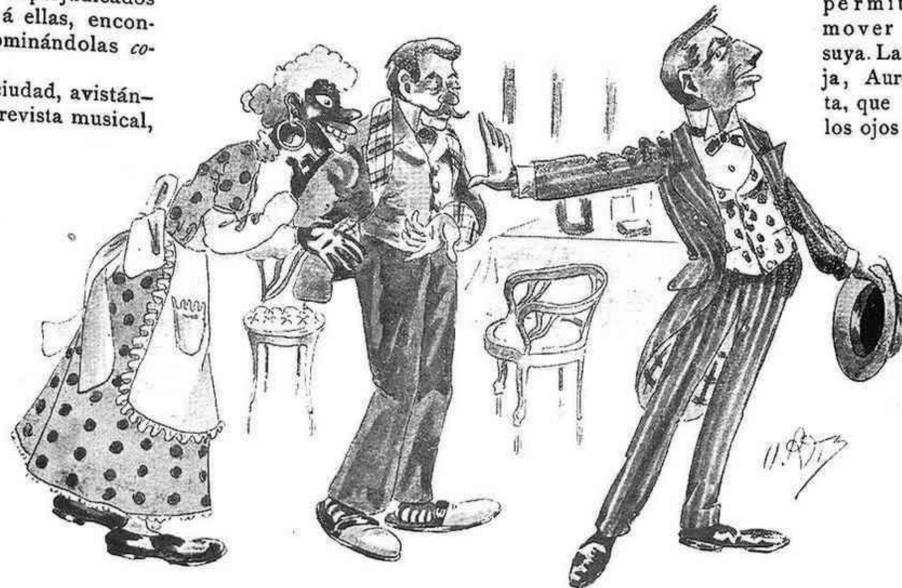
Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.

Mal combinaba sus cosas el mundólogo. Pedía á todos; no pagaba á nadie. Sablazo aquí, trampa acullá, el desdichado murió después de recibir varias é imponentes palizas, justo castigo á su perversidad, á manos de sus acreedores como los hombres virtuosos: víctima de sus deberes.



JULIO VÍCTOR TOMEY

(Ilustraciones de Ortiz.)



¡QUE VIENE LA GÓNDOLA!

Amor

CHARLABAN cinco ó seis amigos tomando el fresco ante una mesa cargada de botellas, copas, dobles de cerveza y jarros de agua helada. El más joven pasaba de los treinta y cinco, el más viejo no llegaba á los cuarenta. La quietud de la noche y del sitio habían hecho que la conversación tomara el melancólico camino de los recuerdos.

—Os confieso, decía uno, que si alguna vez he sido amado lo fuí con tal discreción que no me percaté de ello.

—Pues yo no, replicó otro. Bien es verdad que aquel amor, el primero sin duda que inspiré, probablemente el único, no duró más que diez horas.

—¡Un capricho!

—No; os juro que fué amor.—

Y como los demás callaban esperando alguna extraña aventura, Fanjul, que de ordinario hablaba poco, se decidió á contar la historia de su fugaz amor.

—Era capitán á los veintiún años. Se me ocurrió sublevarme; fracasó el movimiento; pude salvar el pellejo y entré en Francia con diez ó doce duros en el bolsillo. Mientras mis compañeros iban á los depósitos de emigrados, yo, que sabía el francés, pensé que en una gran ciudad me las compondría mejor que en Angers, Montauban y demás capitales de departamento donde sólo podía esperar el mísero socorro que el gobierno francés asigna á los emigrados políticos.

Tomé billete para Marsella, llegué allí y empecé por buscar alojamiento. Acomodéme en un cuartucho de mala muerte de una callejuela cercana al puerto y á la Cannebière y después de pagar un mes de alquiler, me quedaban dos piezas de cinco pesetas, un medio duro y unos céntimos en calderilla francesa. La situación no era muy brillante que digamos.

Como me las compuse durante los diecisiete meses que duró la emigración, ni yo mismo lo sé. Recuerdo que en un periódico republicano hallé inmejorable acogida; que me anunciaron de balde, entre una nodriza con leche fresca y un perro de Terranova, como á emigrado español que buscaba un medio cualquiera de ganarse el pan de cada día; que me empleó un comerciante mallorquín que vendía calzado al por mayor; que estuve de *regisseur* en un café-concierto, y que pasé muchos días sin probar bocado y muchas noches á la luna de Valencia.

Las costumbres que se adquieren en el ejército, el hábito del mando, que se adquiere con la primera estrella y más que otra cosa mi carácter retraído y díscolo, contribuyeron á que pasara las de Caín en la sucia aunque no inhospitalaria Marsella.

A fines de Noviembre ó primeros de Diciembre me hallaba en situación desesperada. Sin abrigo, sin dinero, sin casa, pasaba las noches, cuando por azar tenía veinte céntimos, en un bar que no cierra sus puertas, situado en uno de los callejones que hay detrás de la calle de la República. Podéis imaginar lo escogida que sería la concurrencia de aquel tugurio. Marineros borrachos, granujas de toda especie, mujerzuelas más ó menos averiadas. Mi despacho de capitán me libró por dos veces de ir al *violón*. Además, el dueño del bar garantizó en todas ocasiones mi perfecta «honorabilidad».

Había yo notado que dos ó tres parroquianas me miraban extrañadas de mi mutismo. Alguna vez me hicieron indicaciones que no produjeron el re-

sultado apetecido, pues no estaba la Magdalena para tafetanes.

Una de aquellas mujeres era muy joven y bastante linda; pero maldito lo que me cuidaba yo de ella.

Por aquellos días publicaron los periódicos la noticia de que se nos había indultado. Podíamos volver no al ejército, pero sí á España. Fuí á ver al cónsul, que era por cierto amable como un erizo; le enseñé la noticia del indulto y le exigí que me reimpatriara.

—Mañana á las tres marcha el *Segovia*, me contestó; puede usted presentarse á bordo de mi parte, y se le admitirá.—

Aquella era, pues, la última noche que por entonces debía pasar en Francia. Pero mi despedida del suelo republicano era bien triste: no tenía ni un céntimo en el bolsillo, no había cenado, no podía dormir.

Marché al bar. Sentéme junto á una mesa y esperé, desesperado, que amaneciera. El hambre y el frío me atormentaban de un modo indecible. A no ser porque sabía que horas después podría marchar á España, creo que cometo aquella noche una atrocidad contra mi mismo ó contra cualquiera. ¿Cuántas horas pasé inmóvil, atosigado por el hambre, dominado por una ira y una desesperación cada vez más grandes? No lo sé.

De pronto sentí que una manecita me cogía la muñeca y que una voz cariñosa murmuraba á mi oído con ese acento de ternura que emplean las madres para hablar á sus hijos:

—¿*Tu est bien triste, mon chéri?*—

Me volví sorprendido. La parroquianita me miraba sonriendo. Se sentó á mi lado. Me habló. No sé lo que me dijo; pero oí que sus palabras; aun cuando cariñosas, me produjeron tal trastorno que, para no llorar delante de aquellas gentes, me levanté bruscamente y salí. La muchacha me siguió, tomó mi brazo y al sentir que reprimía yo mis sollozos, me consoló con una dulzura y un ardor que jamás he vuelto á encontrar.

Llegamos á su casa. Era bastante fementida, nada limpia, nada ordenada. Quitóse el sombrero y el abrigo. Encendió la chimenea. Se me acercó, me acarició la cara con las manos; me besó como se besa á un niño que está triste.

—¿Has cenado?—exclamó de pronto.—

No tuve valor para mentir. Y en un santiamén sacó provisiones, una botella de vino, preparó la mesa, se sentó á mi lado, comió un bocado mientras yo devoraba.

Después, cuando estuve harto, se sentó sobre mis rodillas y mirándome con amor, con verdadero amor, me dijo que me amaba, que me quería como no había querido jamás á nadie, como no podría querer á otro hombre; que era feliz, feliz por completo estando junto á mí.

Pasó la noche; pasaron aquellas diez horas de amor, de pasión nunca superada. Besé por última vez á la admirable desdichada.

—¡Hasta la noche!—me dijo.

Tres horas después la hélice del *Segovia* se ponía en movimiento y el vapor la proa hacia el Sur.

Han pasado muchos años desde entonces; teniendo dinero he tenido mujeres. Los besos de ninguna me han hecho olvidar el gusto de los besos de amor de la muchachita de Marsella. — A. RIERA



La señorita Perla

Novelita corta por Guy de Maupassant

VERDADERAMENTE, no sé que idea singular tuve aquella noche de escoger por reina á la señorita Perla.

Todos los años voy á celebrar el día de Reyes á casa de mi antiguo amigo Chantal. Mi padre, de quien era el más íntimo camarada, me llevaba á allí cuando era niño y yo he continuado yendo y continuaré sin duda mientras viva y mientras haya un Chantal en este mundo.

Por otra parte, los Chantal hacen una vida singular; viven en París como si habitasen en Grosse, Yvetot ó Pont-à-Moussou. Poseen cerca del Observatorio una casa con un jardinito. Están en su casa como en provincias. De París, del verdadero París, no conocen nada, no sospechan nada, y están ¡tan lejos, tan lejos! Algunos meses, sin embargo, hacen un viaje, un largo viaje á París. La señora Chantal va á hacer las grandes provisiones, como dicen en la familia. He aquí como:

La señorita Perla, que tiene las llaves de la despensa (pues los armarios de la ropa son administrados por la misma dueña) avisa que el azúcar toca á su fin, que las conservas se han acabado y que no queda gran cosa en el fondo del saco de café.

Puestos de este modo en guardia contra el hambre, la señora Chantal pasa revista á lo demás, tomando notas en un cuaderno. Después, cuando ha escrito muchos números, se entrega primero á largos cálculos á después á no menos largas discusiones con la señorita Perla. Acaban, sin embargo, por ponerse de acuerdo y por fijar las cantidades de cada cosa de la que se proveerán para tres meses: azúcar, arroz, ciruelas, pasas, café, confituras, latas de guisantes, de melocotones y de cangrejos, pescado salado ó ahumado, etc., etc.

Después de lo cual, fijan el día de las compras y se van en coche, en un coche con (vaca), á casa de un tendero de comestibles al por mayor que vive al otro lado del puente, en los barrios nuevos.

La señora Chantal y la señorita Perla hacen este viaje juntas, misteriosamente, y regresan á la hora

de la comida extenuadas, emocionadas aún y traqueteadas por el coche, cuyo techo vuelve cubierto de paquetes y de sacos, como carro de mudanza.

Para los Chantal, toda la parte de París situada al otro lado del Sena, constituye los barrios nuevos, barrios habitados por una población extraña, bullanguera, poco honrada, que pasa los días en disipaciones y las noches en fiestas y que tira el dinero por la ventana. Sin embargo, de cuando en cuando llevan á las muchachas al teatro, á la Opera Cómica ó al Français cuando la obra ha sido recomendada por el periódico que lee el señor Chantal.

Las hijas tienen hoy diecinueve y diecisiete años; son dos hermosas muchachas altas y frescas muy bien educadas, demasiado bien educadas, tan bien educadas que pasan desapercibidas como dos muñecas. Jamás se me ocurrió la idea de hacer la corte á las señoritas Chantal, pues las creo tan inmaculadas, que apenas si me atrevo á hablarles y casi teme uno ser inconveniente saludándolas.

Respecto al padre, es un hombre delicioso, instruído, muy franco, muy afectuoso, pero que gusta ante todo del reposo, de la calma, de la paz y que ha contribuído mucho á momificar á su familia para vivir á su gusto en inerta inmovilidad. Lee mucho, es muy sociable y se enternece fácilmente. La ausencia de contactos, de roces y de choques, ha vuelto muy sensible y delicada su epidermis moral. La menor cosa le conmueve, le inquieta y le hace sufrir.

Esto, no obstante, los Chantal tienen relaciones, pero relaciones restringidas, escogidas cuidadosamente entre sus vecinos y cambian también dos ó tres visitas al año con parientes que viven lejos.

Respecto á mí, voy á comer á su casa el 15 de Agosto y el día de Reyes, y esto constituye para mí una especie de deber, como los católicos comulgar por Pascua florida.

El 15 de Agosto invitan á algunos amigos; pero el día de Reyes soy yo el único invitado.

* *

Aquel año, pues, como los demás fui á casa de los Chantal para celebrar la Epifanía.

Según costumbre, abracé al señor y á la señora Chantal, y á la señorita Perla, é hice un reverente saludo á las señoritas Luisa y Paulina. Me interrogaron acerca de mil cosas, de los acontecimientos del boulevard, de política, de lo que pensaba el público de los asuntos del Tonkín y de nuestros representantes. La señora Chantal, una dama gruesa cuyas ideas me hacen el efecto de que son cuadradas como los sillares de piedra, acostumbraba á soltar esta frase como remate de toda discusión política: «todo eso es mala semilla para lo futuro». ¿Por qué me he imaginado yo siempre que las ideas de la señora Chantal son cuadradas? No lo sé; pero, todo lo que dice toma para mí esta forma, un cuadrado, un gran cuadrado con cuatro ángulos simétricos. Hay otras personas cuyas ideas me parecen siempre redondas y circulares como aros, porque desde que empiezan una frase acerca de algo, aquello rueda, aquello marcha solo, saliendo diez, veinte, cincuenta ideas redondas, entre grandes y pequeñas, que yo veo correr una tras otra hasta el último límite del horizonte. Hay también personas que tienen ideas puntiagudas. Pero en fin, dejemos esto aparte.

Nos sentamos á la mesa como siempre y acabó la comida sin que se hubiese dicho nada de particular.

A los postres se sirvió el pastel de los Reyes. Pues bien; ocurría todos los años que siempre resultaba rey el señor Chantal. ¿Era esto efecto de una casualidad continua ó de un pacto familiar? No lo sé; pero es lo cierto que siempre encontraba infaliblemente el haba en su parte de pastel y proclamaba reina á la señora Chantal. Por eso me quedé estupefacto al sentir en la boca algo duro que estuvo á punto de romperme una muela. Me saqué cuidadosamente de la boca aquel cuerpo extraño y vi una muñequita de porcelana que no era de mayor tamaño que una judía. La sorpresa me hizo exclamar: «¡Ahl!» y entonces todo el mundo me miró aplaudiendo: ¡Es Gastón! ¡es Gastón! ¡Viva el rey! ¡viva el rey! Todo el mundo repitió á coro. «¡Viva el rey!» y yo me sentí ruborizado como se ruboriza uno á veces sin razón en las situaciones embarazosas. Permanecía con los ojos bajos teniendo entre los dedos aquel grano de porcelana, esforzándome por reír y no sabiendo que hacer ni que decir, cuando Chantal exclamó: «ahora tiene usted que escoger una reina».

(Se continuará.)

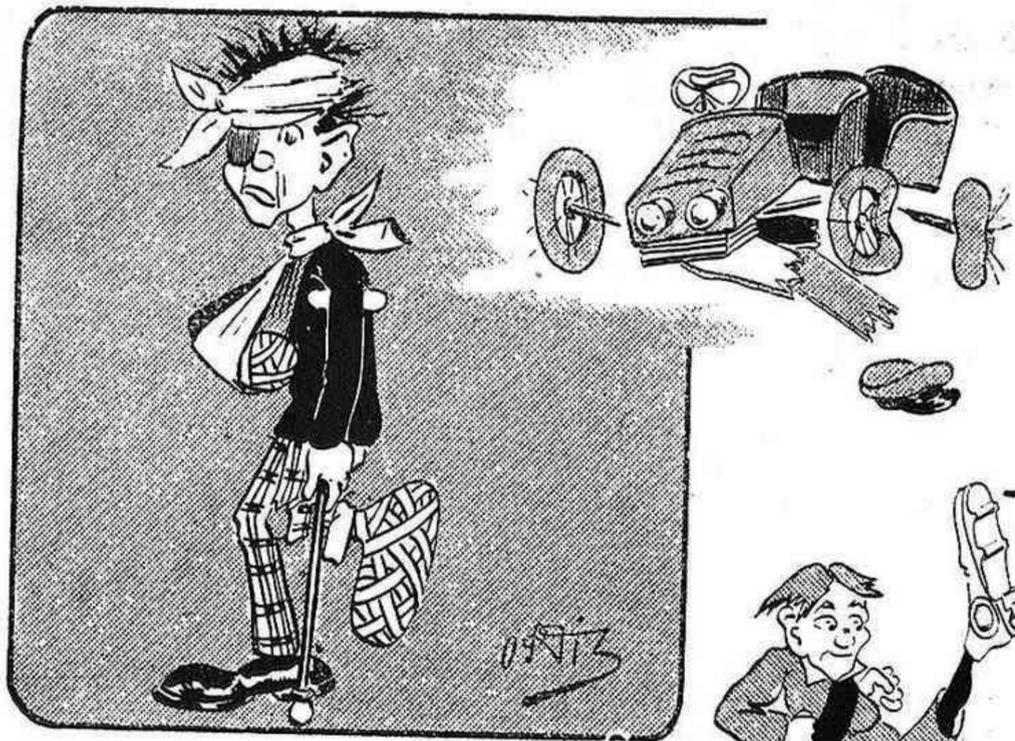
LOS NIÑOS TERRIBLES, por SIERRA DE LUNA



—A ver... á ver, que dice el periódico del fomento de la cría caballar...



—¡¡Maldita sea la raza caballar!!...



Así se hacen los hombres,...

Madrigal

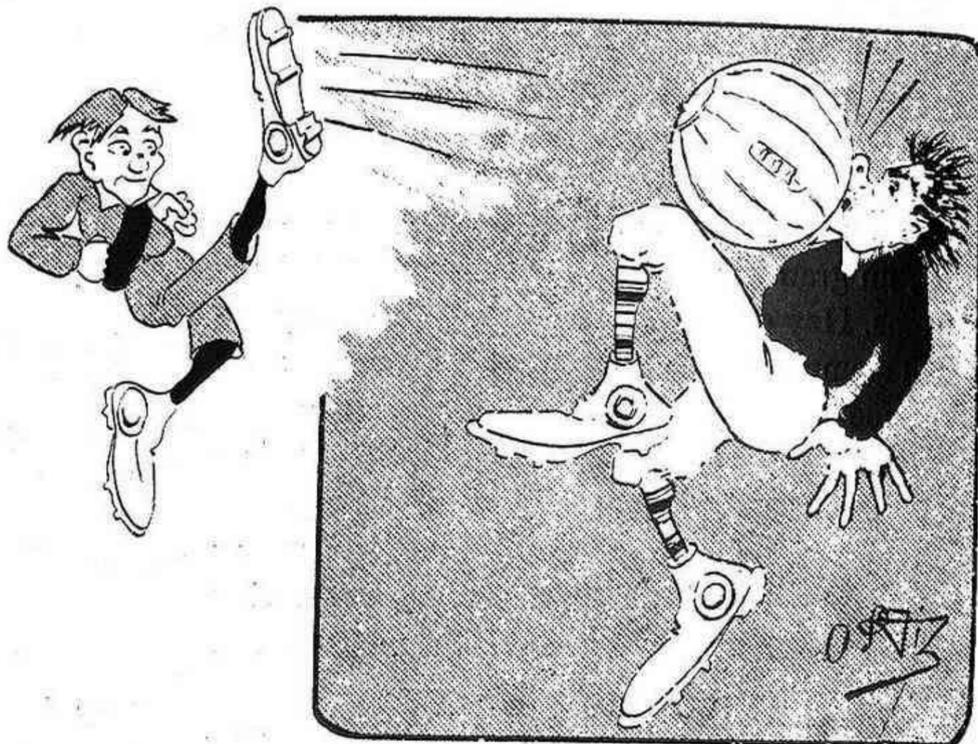
Ibas á suspirar, dulce embeleso,
y yo que muero si tu encanto admiro,
cerré tus labios con mi ardiente beso
y se adormió en tu pecho ese suspiro.

Tu seno como un lirio se agitaba
á la brisa de amor que difundía

cálido el beso en que mi ser te daba,
y al sentir que mi vida se exhalaba,
—«¡Quién el suspiro tuyo
pudiera ser— me dije conmovido,—
y allá en tu corazón, como en un nido,
adormirse de un ósculo al arrullo,
al perpetuo rumor de su latido!»—

HORACIO RODRIGUEZ

Santa Fe (R. A.)



Y así se deshacen...

GENTE NUEVA

El maestro Cotó (hijo)

MUCHO nos complace tener ocasiones como la presente en que poder alentar con el aplauso sincero del que quiere bien al prójimo, á los jóvenes que empiezan á luchar denodadamente, con su talento por todo bagaje, por conquistar el renombre ambicionado y la fama soñada.

El maestro Cotó, hijo, no obstante su juventud, ha dado en repetidas ocasiones pruebas elocuentes de su valer como músico y en la inspiración como compositor, habiendo recientemente obtenido un señalado triunfo con la música de la obra de Marquina *La limosna*, estrenada con éxito merecido en el teatro El Dorado y, cuyo principal número, gracias á la amabilidad de su autor, podemos hoy ofrecer á nuestros lectores.



El joven maestro tiene un brillante porvenir si continúa trabajando como hasta aquí y nosotros, convencidos de ello, se lo aseguramos, complaciéndonos mucho y saboreando por anticipado la deliciosa música que tiene en cartera ó sobre el pupitre para entregarla al juicio del público que indudablemente la acogerá con toda la consideración y aplausos debidos. Reiteramos al señor Cotó nuestros plácemes más cariñosos por sus triunfos ya conquistados y por los que le esperan, viniéndose á confirmar una vez más la verdad de los refranes; y en particular, de aquél que asegura, cuando de cuestiones de talento se trata, «que de tal palo tal astilla».

El maestro Cotó hijo, está en la imperiosa obligación de hacer bueno el nombre del maestro Cotó, padre.



Letra de E. Marquina

Música de Cotó (hijo)

Mod^{to}

pp Mu-cho cuen-to al mu-cho ha-blar. Cuan-do el can-ta-ro se.

Ve-na que a-lu-go se es-tá muy lle-no se des-bor-da y sus re-

fres-ca y con las ro-pas mo-ja-das

y des-pe-na-da! los que-ñal lue-go ju-der. por ser mal los que pasan y sus ve-an

Mu-cho cuen-to al mu-cho ha-blar

afut *pp* *rit. go* *p* *à tempo* *pp*

cuan-do el can-ta-ro se lle-na. Cuan-do el can-ta-ro se lle-na

NUESTRAS ARTISTAS

La petite Otero

No pasa día sin que en nuestros escenarios aparezca, precedida de grandes y deslumbradores reclamos, una nueva artista, perteneciente á la clasificación de las «bellas».

Antes las cómicas y bailarinas no pasaban de anunciarse con el calificativo que, por clasificación artística le correspondiera con más ó menos justicia. Pero desde que Carolina Otero adquirió el renombre y los brillantes de que disfruta, por el solo apodo de *bella* con que París la obsequió generosamente, las

cosas han cambiado de modo radical, y en los tiempos actuales, queda suprimido de los carteles si la debutante es tiple, soprano ó siquiera primera bailarina de rango francés ó español, para hacernos saber, en cambio, que es la hermosa fulana, la bella mengana ó la sugestiva perengana. Las prendas físicas son, por tanto, las que privan, aunque perezca el arte y el talento. Y como eso de la belleza es tan relativo...

Luego y no á lo mejor, sino á lo peor, resulta que tal ó cual rimbombante hermosura no tiene de tal más que el deseo de serlo, pero el triunfo está de todos modos asegurado, el empresario contento y *ella* satisfecha por haber ingresado de buenas á primeras en la categoría de las bellas.

Por eso, cuando de tantos timos de esta naturaleza somos víctimas, encontrar una artista que merece el epíteto más codiciado por toda mujer, sea ó no del teatro, no es cosa fácil y cuando como ocurre con la «petite» Otero la realidad supera á los encomios de contaduría, el caso es verdaderamente excepcional y hay que aprovecharlo.

La «petite» Otero... ya lo ven ustedes: es una morena graciosísima, con mucho ángel y muchas simpatías, y con decir que á su sola presentación en Barcelona ya ha habido quien se ha declarado partidario de ella con postergación de su homónima, la auténtica, la

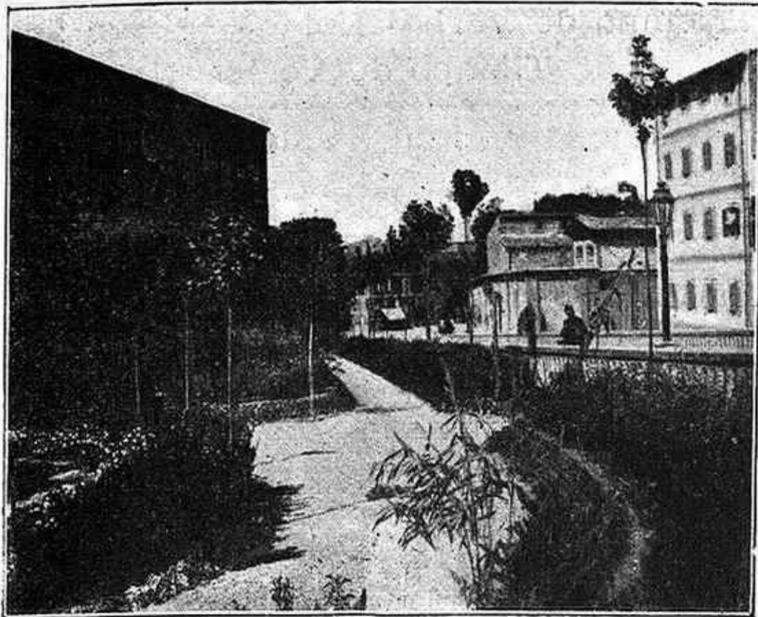
verdadera, la de París, la consagrada como bella por todos los públicos del mundo, queda hecho el mejor elogio de la que hoy figura al frente de estas líneas y á quien deseamos muchos triunfos en la carrera que tan brillantemente ha comenzado, eclipsando con su belleza indiscutible las de muchas que sólo lo son por galante condescendencia de públicos y empresarios y periodistas.

Los molinos de Montmartre ⁽¹⁾

EN algunos planos del viejo París, sorprende la infinidad de molinos marcados en las alturas y aun en los terrenos llanos que rodean á la ciudad. Lo que no sorprende es encontrar en las obras de poetas como El Tasso y Regnard, entusiastas estrofas en que se cantan esas torres eólicas que animaban de un modo tan pintoresco el panorama parisiense. Se comprende que la colina de Montmartre, una de las más *eminentes* de la comarca, se viese, desde los tiempos más remotos, cubierta de un verdadero ejército de aspados gigantes, cuyo aspecto hubiera desconcertado al más intrépido de los Quijotes.

Où de trente moulins les ailes étendues
vous disent chaque jour quel vent chasse les nues,

(1) Del libro *Los infiernos de París*, editado recientemente, con gran éxito, por la casa Maucci, de Barcelona.



PALMA DE MALLORCA. — LA CASA DE CARIDAD

dice Regnard refiriéndose á Montmartre, cuya perspectiva le era dado contemplar desde el balcón de su casa, situada en la esquina del *boulevard* y de la calle de Richelieu, con vistas á las huertas de la Grande-Batelière y al arroyo que bajaba al Sena desde las alturas de Menilmontant.

El Tasso, que vino á París en 1570, acompañando al cardenal Luis de Este, transmite á sus amigos de Ferrara sus impresiones de viaje, mostrándose poco entusiasmado de lo que ha visto en la capital francesa.

El ilustre vate italiano, acostumbrado á los paisajes cálidos y luminosos de su patria, encuentra monótonos y tristes los de estas nebulosas regiones septentrionales, y si algo le consuela de la ligereza de los parisienses, «verdaderas veletas que el viento hace girar en todos sentidos», es la colección de molinos que el mismo viento mueve en las alturas de Montmartre.

Un siglo después de Regnard, Montmartre y sus molinos no inspiran á los poetas más que canciones pobres y vulgares; y ha sido necesario que esos aiosos artefactos dejaran de girar, para que la literatura moderna les consagrara curiosas y elocuentes páginas.

Montmartre no ha inspirado únicamente á poetas y novelistas; innumerables pintores y dibujantes han subido también á inspirarse en aquellas alturas. Sin remontarnos más allá de nuestro siglo, ahí están las obras verdaderamente notables de Charlet,

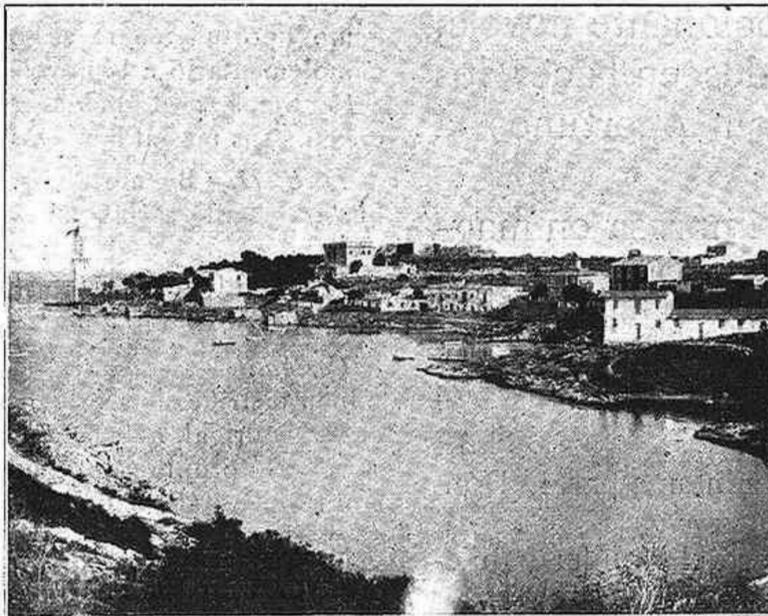
Chintreuil, Corot, Charles Jacque, y sobre todo las de Georges Michel, llamado el *Ruysdael de Montmartre*, que perpetúan los variados aspectos que tuvo la famosa colina antes de transformarse en barrio parisiense.

Hoy, el pintor de los molinos de Montmartre es Willette, que les da, á veces sin querer, aires misteriosos y fantásticos. En otras ocasiones se complace en pintarnos algo como molinetes irónicos, perfilados confusamente en lontananza, ó molinos vampiros, verdaderas visiones de pesadilla en desfrenadas y fugitivas escenas.

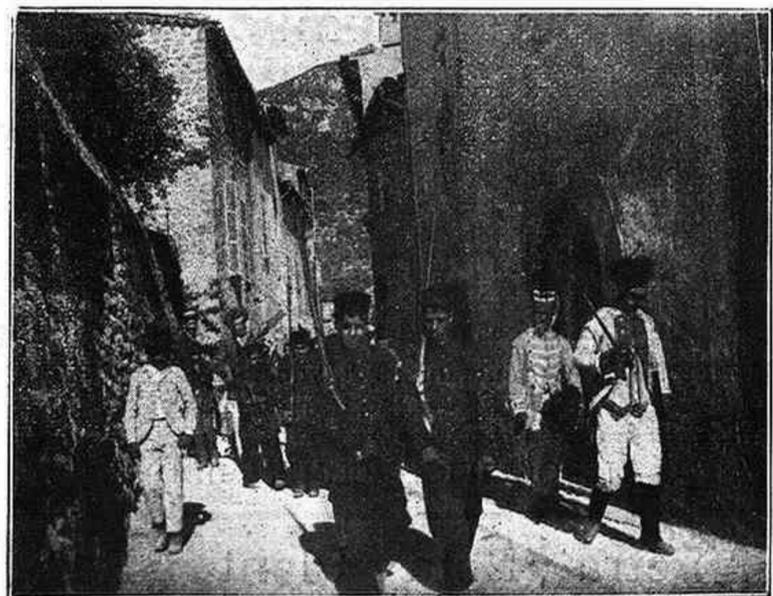
El *molino de la Galette* ostenta viejos pergaminos, pues su antigüedad se remonta al año de gracia de 1268. Primitivamente estuvo colocado en la colina de Saint-Roch; fué trasladado cerca del sitio que hoy ocupa durante el reinado de Luis XIII, y á su emplazamiento actual en 1834.

No debe exclusivamente su celebridad á la harina que ha molido. Los molineros de Montmartre eran también taberneros, y la pintoresca situación de sus establecimientos les aseguraba una clientela tan numerosa como asidua. Y como el aire de las alturas abre el apetito, y el comer da sed, y las francachelas son un estímulo para el baile, y la danza inspira con frecuencia sentimientos amorosos, en tanto que las aspas de los molinos giraban al viento, en los mesones que cobijaban se comía y se bebía alegremente, se bailaba con más ó menos desenvoltura y se amaba con amor más ó menos libre y pasajero.

J. B.^a ENSEÑAT



ANTIGUO PUERTO DE PALMA



LA FIESTA DE LOS REYES EN VALLEDOSA, PALMA

(Fots. de D. A. García Quintana.)



BATIBURRILLO

Regalo á nuestros lectores

Con el presente número repartimos á nuestros amables favorecedores una artística cubierta, tirada á dos tintas, para encuadernar en rústica la interesantísima novela *La ciega de Sorrento*, original del ilustre literato italiano Francisco Mastriani, la cual ha venido, hasta hace poco que terminó, acompañando á cada número de PLUMA Y LAPIZ, con éxito que agradecemos profundamente.

Al propio tiempo tenemos el gusto de anunciar á los muchos corresponsales que nos tenían solicitados tomos encuadernados de dicha emocionante novela, que pueden cuando lo deseen hacer los pedidos que consideren oportunos á esta administración.

Precio de la novela, impresa en magnífico papel é ilustrada profusamente: **1'50 pesetas** ejemplar.

* *

Un enemigo del despilfarro.

—Hombre, no se te ve por ninguna parte. ¿Dónde te metes?

—En mi casa. Me cuesta caro el alquiler y quiero aprovecharlo.

* *

Cerrespondencia

Primera carta.—«Cuando le vuelva á encontrar á usted le daré un puntapié... donde puede usted figurarse.»

Respuesta.—«Me he apresurado á transmitir su carta de usted, á la parte amenazada.»

* *

PASATIEMPOS

TRIANGULO

5 5 5 5

5 5 5

5 5

5

Substituir los cincos por letras que digan: 1.º, flor; 2.º, interjección; 3.º, pronombre; 4.º, vocal.

* *

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

Letra Nota Planta Ra

E. PAREDES ZAPLANA.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

Tiempo de Verbo Nota
Tiempo de Verbo Nota

AGUSTÍN GIL.

* *

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

JEROGLIFICO COMPRIMIDO: Granaderos.

CHARADA: Ca-ra-col.

TARJETA: Los diamantes de la condesa.

INTRÍNGULIS: La cáscara amarga.

FRASE HECHA: Enrejado.

CORRESPONDENCIA

Señor D. D. C.—Muy señor mío: en poder de esta casa su grata fecha 30 Junio. Respondiendo á su contenido debo decirle que cuando PLUMA Y LAPIZ pasó á ser propiedad del señor Maucci, la única obligación que contrajo con su anterior propietario fué la de terminar la publicación, pendiente entonces, del *Quijote de Avellaneda*. Las novelas de Cervantes hacia tiempo que se habían acabado de repartir como suplemento. No nos corresponde pues á nosotros, repartir la portada que reclama, pues de otra suerte ya se hubiera hecho el regalo á que usted se refiere, como oportunamente se hizo el del *Quijote* citado y el complementario á la novela *La ciega de Sorrento*.

Sentimos en el alma no poder acceder á sus ruegos y créanos sus mas affmos. s. s. etc., etc.

D. C. D.—Buenos Aires. Será usted servido, con honra nuestra y mil gracias por sus piropos que estimamos en lo que valen.

D. M. B. C.—Digo á usted exactamente lo que al señor precedente.

Cortadillo—El madrigal está bien hecho, bien pensado y bien metrificado. No tiene más inconveniente que... eso; el ser madrigal, género que ha pasado de moda desde que sucedió lo propio á los pantalones de color de barquillo, con trabillas (El pantalón, no el color.)

C. R. R.—Se irán insertando lenta, pero continuamente.

D. César R. Blanco.—Con mucho gusto publicaremos sus versos. Y... gracias por la atención.

D. A. S. A.—La dirección de la Casa Editorial contestará á usted por separado.

Respecto á sus versos, veremos de publicarlos cuando haya un huequecito.

D. H. R. Santa Fe.—Honrados y agradecidos.

A. A. y T.—No están mal versificados, no señor; pero el tema es del año de la Nanita. ¡Todos, cuando empezáramos á escribir hicimos versos con iguales asuntos!

—¡Y no nos los publicaban!

B. C.—No pueden aquí publicarse esas cosas.

Restituto.—No está mal de idea pero hacer consonantes *desmayo* y *payaso*, *amatista* y *bonita* consonantes, creame que es el colmo de la libertad concedida á los poetas.—

L. Mento.—Un día de estos.

M. M.—Bueno: será usted servido.

Calígula.—¡Es usted atroz!

R. R.—Gracias por sus frases halagadoras y váyase por otras mortificantes que se reciben!

K K tu ¡a!—Eso no es un pseudónimo. ¡Es todo un jerglífico comprimido!

Mr. A.—Estimando sus elogios.

L. L. R. S.—Son completamente impublicables. Perdóne la rudeza de la expresión.

Doña A. S.—Entran en el turno pacífico de los versos que han de ver la luz Zebea.

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.